

*XVII PREGÓN DE LA SERÁFICA, VENERABLE, ILUSTRE Y
MUY ANTIGUA ARCHICOFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS
NAZARENO DE LA SANGRE, SANTO CRISTO VERDE Y
NUESTRA SEÑORA DE LA SANTA VERA CRUZ*



*INOLVIDABLE DOMINGO 18 DE MARZO DE 2007
JOSE LUIS RAMOS*

**ANTEQUERA,
A los montes altos,
levanté mis ojos.
Estaban en mí, desenfrenados,
todos los instintos,
A los montes altos,
levante mis ojos
cubiertos de llanto.
Invoque al Señor Dios
de los Santos:
¿Me darás auxilios?
Los montes callados.
Rodeaban quebrados
de mis altas cimas
todos los pecados,
mas otros subían.
A los montes altos,
levanté mis ojos
cubiertos de llanto.**

(José Antonio Muñoz Rojas)

He mojado mis recuerdos con el agua de la Yedra que tantas veces bebí con mi padre. He pedido el Amparo de una Virgen que, bajo un palio calado, sonrío rodeada de benditas risas de dulce niñez.

He viajado con la banda sonora de las palabras de los que en este pregón me precedieron en un camino lleno de almendros en flor del mismo color de una túnica Cautiva de un barrio. Él me trae hasta vuestros Titulares y me presento ante ellos y ante vosotros, mis hermanos en Cristo, para, desnudo de cualquier orgullo y revestido de mi trinitario hábito nazareno, traeros la noticia de una nueva Semana Santa, de un nuevo Lunes Santo.

El rumor del rebalaje se mezcla con el del viento entre los riscos del Torcal, todo frío se torna tibio en una primavera apenas estrenada y en los hogares ya se airean las túnicas y los corazones. Los recuerdos y las añejas tradiciones son renovadas por los que, siguiendo la historia adelantamos el paso valiente renovando una tradición cinco veces centenaria.

Traigo como equipaje, la mas pura espuma del mar de mis ancestros, la sal mas fina de las cristalinas aguas mediterránea para que con ellas, vosotras, camareras de la excelsa Reina del verdor mas intenso, incansables Rosas de Jerico de primorosa tarea, mimosas en la filigrana, artesanas de exorno y perfeccionistas de la blonda y el encaje, confeccionéis el mas bello rostrillo para la señora del verde anhelo.

Traigo mis manos llenas de la devoción victoriana de una patrona, de aceituna verdial de mis verdialeros montes, de jazmines en biznagas embriagadoras , de manojitos de boquerones de plateados destellos, de aromas de Caleta, Limoná y teatro romano, de gaviotas y vencejos, de bendición de un Nazareno Rico en amor a su madre y libertad para un preso. Llenas mis manos llenas, de las letras de los poetas del 27 que hicieron de mi ciudad, una ciudad no en la tierra para que a cambio de tan suculento presente me colméis de Colegiata y San Zoilo, de cigüeñas en campanario y de la fragancia de los frutos de una Vega soñada por la que correr nuestras penitencias.

De vosotros requiero la más verde de las ceras pasionistas, el verso cómo espiga florecido de Muñoz Rojas, el “Ortus Clausus” de las manos cerradas, de las cinco llagas de su saya y las cinco lágrimas de su inmaculado rostro, que como caudal fecundo, riegan la mejilla de la mas bella y desconsolada de las Madres.

Hasta el resguardo de este crucero gótico me acojo para pedir os sitio en vuestra procesión, para arrodillarme ante la Señora de los Remedios, ante Santa Eufemia y ante el Señor de la Salud y de las aguas para gritar al mundo que desde Antequera, muy pronto, Madre Carmen de Niño Jesús será beata de esta ciudad con un palio de Torcal, con una peana de imborrable recuerdo en el trabajo para su Señor y todos los que a su lado orgullosos vamos tras una cruz guía en un día en que, una vez más, el sol saldrá por Antequera y hasta Roma volverá su mirada para ver el mas bello de los atardeces del orbe católico.

Beatificada en su tierra, ni en el más increíble de vuestros sueños pensasteis ver un día tan grande, teniendo tan cerca vuestro hogar, vuestras cofradías y hermandades, vuestros titulares y el recuerdo de esa mujer que, desde ese momento esperado, será Madre Carmen del Niño Jesús, Beata de Antequera por la gracia de Dios.

Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y hermanos de la Real Archicofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, Santo Cristo Verde y Nuestra Señora de la Vera-Cruz de este Monasterio, Hermanos músicos de la cofradía de la Vera-Cruz de Almogía; Señores Presidentes y representantes de las distintas hermandades pertenecientes a la Agrupación de Cofradías de Semana Santa; con vuestra vénia.

Agradecer las palabras D. Gabriel Robledo al que reconozco debo una tarde de palabras relajadas en este tiempo en que, junto al amor y la devoción, lo único que el ser humano no puede comprar es el tiempo y que ha hablado del hombre que me gustaría ser y espero ser algún día.

Tienen mucho merito sus sentidas palabras recolectadas entre el aroma de un desayuno de sábado y el cariño en la distancia. Gracias Gaby.

Al Hermano Mayor, Juan Manuel Ruiz. Gracias por ser como tu entidad nazarena, valiente. Vuestro desfile procesional busca nuevos caminos en las centenarias calles de Antequera, ganando en sonoridad para esa nueva marcha de Sergio Bueno, Vera Cruz, madre de los Estudiantes, en calle Duranes, el brillo de la dorada canastilla y el gesto manierista del Señor de la Sangre en la penumbra callejera. Encontrado la luz vivifica para el Cristo verde y el marco dieciochesco adecuado para la dueña de un palio de clásicas reminiscencias.

Tú has buscado en los intangibles senderos de las ondas a este trabajador de la emoción, a este “bocero” de la onda pública, a media camino entre dos siglos para que desde las calles de la Trinidad os anuncie en los aledaños de San Francisco un nuevo Lunes Santo.

Precisamente yo que nunca estuve aquí, porque no recuerdo un Lunes Santo que no sea Trinitario, un Lunes Santo sin el cobijo de su túnica y de los varaes que lo enseñorean por Málaga.

Lo dicho, Valiente. Valiente con mayúsculas. Pero yo se porque estoy aquí. Acepte valiente en mi ignorancia la empresa y ahora se que tras noches de insomnio y desvelo tengo cosas que contaros porque como vosotros soy cofrade. Soy y moriré cofrade donde haya un Cristo crucificado escoltado por cuatro hachones de cera viva.

Allí donde una pena aflija a una niña de Dolores con la Luna a sus pies convertida en Mediadora de la salvación o donde un stipep haga florecer la llaga divina en el hombro de un nazareno Bajo Palio.

Cofrade de tradición en un mundo cada vez más laico e injusto donde las heridas de nuestras imágenes siguen sangrando cada vez que el agua salada mata las ilusiones del que busca un mundo mejor. Cofrade pero no anquilosado en la ignorancia ni en la intransigencia.

Peregrino en pleno siglo XXI tras una cruz que ha sido salud para los enfermos, consuelo para afligidos y mano tendida para el suplicante durante siglos.

Cristiano y cofrade como vosotros, hermanos del verde fervor en la Cruz. Como vosotros guardianes de la preciosísima sangre del Redentor nazareno. Como vosotros encargado de atenuar el dolor de esta vuestra madre de los Estudiantes con la suave mecida de una nana entre varaes.

Todavía resuenan en mi recuerdo las palabras de Ildefonso Mir en la presentación del cartel de este año. Cuando supe de tu profesión mi memoria flamenca me hizo recordar aquella letra que dice: “A la botica niña no vayas sola, que el boticario niña usa pistola”

Como ha pasado el tiempo desde que el pueblo cantó esta letra porque, a los boticarios ahora se les llama farmacéuticos y ya solo dispensan, que no disparan, recetas sanadoras. En la actualidad podemos hablar un idioma común y muy familiar donde el Dalsy y el Apiretal para nuestros hijos es el pan nuestro de cada día.

Fuiste tu Ildefonso el que me diste la clave. Hermanos en el varal, como hermanaco y hombre de trono con los riñones fajados y aguantando en el trono último de la resurrección.

Tu con el pecho cruzado por el verde, yo ceñido de immaculado cordón pero ambos, tu con el traje oscuro, yo con mi túnica blanca, vestidos para, metiendo el corazón en el varal, librar la eterna batalla del hombro y el impertubable

“patibulum” de nuestros tronos y salir victoriosos. Sabiendo que aquellos con los que compartes el esfuerzo son gallardos creyentes haciendo pública demostración de fe.

Somos los mismos con nuestras “señas de identidad”, con nuestros estilos pero fieles a los toques de campana, atentos a las precisas ordenes del mayordomo, rápido en el encaje al sitio de trabajo encomendado, atentos en la mecida, prestos al hercúleo esfuerzo. Siempre dispuestos a descubrir en la mirada del divino un nuevo brillo, un atisbo de consuelo, un momento de respiro en el martirio.

Nazarenos del varal con faraona o con horquillas, con mazo o martillo, con juventud, con experiencia o veteranía. Empiezas sacando el trono con los padres y te rindes a la edad en el esfuerzo de los hijos.

La cadena de nuestra centenaria tradición con su continuidad asegurada. Y el varal es lugar de recogimiento y denodado esfuerzo. La madera, la almohadilla y el aluminio han ido cambiando y la carne ha vencido su natural debilidad para encontrar caminos para el fervor en el Lunes santo.

Gracias Ildfonso. En tu cartel, en tus palabras estaba escondido este pregón. Gracias por brindar a este peregrino las llaves que espero me abran vuestro corazón.

Como aprendiz en el desfile de la Armadilla me presento, como estudiante aplicado me entrego, con el corazón abierto a vuestro agasajo, con la frente abierta y la rodilla jenuflexa en esta iglesia de vuestros desvelos.

Con la espalda cargada por el centenario silencio de una Málaga pasionista, con el rito de la conmemoración en la mente presto a la renovación, en los días previos donde el tiempo no quiere echar a andar, os invito a que nos volvamos a encontrarnos con nuestra pasión,

De nuevo, vuelve como flecha del viento, una saeta de eterno compás de seguidilla y beso de martinete que llega rozando los corazones con el eco de una plegaria de un alma transida de dolor.

En lo mas alto de Gibralfaro ya se respira el incienso que da señorío a nuestra historia, desde la espadaña de San Zoilo se están escapando los suspiros nazarenos de un pueblo emocionado, que van desde la piedra a la noche y desde la línea del edén a unas hojas de naranjo que marcan la esencia de las mejores pasiones bajo este techo de cielo cuajado de yeserías manieristas y rico artesonado.

Llega un nuevo Lunes Santo donde se abrazaran la madera y el cristal, la flor y la plata, el terciopelo y el bordado, el repujado y la talla y otra vez Málaga y Antequera bajo el cielo común.

Llega otra vez el momento de una lágrima, y otra vez un sueño, y una y otra vez veremos a la rosa mística en encajes acariciada y nos dolerá el alma de quererla, sentirla y soñarla, de piroppear su carita de niña o llorar una y otra vez, para decirle como siempre ¡Tú eres de Estudiantes, Reina y Madre;

Reina y Madre de quienes esperamos tus eternas mecidas por las calles de nuestros corazones. Esperamos la mano sabia del Hermano mayor de Insignia midiendo el arco perfecto entre el cajillo y la bambalina para, en la espera de el fruto, de verte de nuevo, cuando sales de las sombras del rito y entras en el barrio de los sueños.

Apostaros en las aceras prestos al sentimiento, dejad vivir junto a nuestras devociones a aquellos que vienen a nuestra tierra en busca del entusiasmo, de lo distinto e irrepetible. Volver a descubrir la calle, que a ella sale la verdad de una primavera con flores engarzadas al trocito de cariño que queda entre la luz y el brillo de plata, entre el

viento de la mecida y el baile etéreo de la bambalina, entre el sueño de un clavel acurrucado y la serpenteante crestería.

Somos tan iguales y tan distintos. Seguimos los mismos rituales y sin embargo estamos tan lejos. Los apenas 40 kilómetros que separan nuestras procesiones son un obstáculo insalvables ante la imposibilidad humana de ser ubicuos, al no poder estar en dos sitios a la vez.

Les invito a soñar el próximo Lunes Santo. Siete de la tarde. Cuando Ustedes se aprestan a ver el cruce de los tres Titulares de esta Real Archicofradía a la salida de este templo, los Estudiantes de calle Alcazabilla han puesto a los pies de la Alcazaba mora y cristiana, el cortejo rojo y verde de un Rey coronado de espinas y sentado en el esquivel del escarnio y del dolor. Al mismo tiempo un río de nieve malagueña se prepara para llenar por completo la plaza de Jesús Cautivo y ver como se abren las puertas del cielo trinitario.

Un Triangulo mágico, una Trinidad vertiginosa. Cuando una horquilla golpea en el suelo y el trono del Cristo verde avanza en Antequera, mi corazón se acelera en calle Carril. Cuando un hermanaco del Nazareno de la Sangre se yergue como un titán cristiano, su esfuerzo mueve las morilleras del palio de la Virgen de Gracia y Esperanza verdeando los aledaños de la malacitana Catedral.

Suena el Gaudeamus llegando a Carreterías y, desde la gloria, el Maestro Artola compone un pentagrama de ensueño donde se unen las bandas sonoras de nuestras Semanas Santa. Melodía que acrisolan las notas que acompañan la mecida de un palio carmesí que se refleja en las cinco lágrimas que desde 1960 se derraman por el rostro de la más celestial de las vecinas de San Francisco.

Y la Reina Coronada de la Trinidad, para la que Artola compuso una marcha que es el ABC para los jóvenes músicos malagueños, irrumpe como una estrella en las miles de pupilas que se arremolinan alrededor de su trono.

El tiempo se os escapa y al grito de ¡Viva el Cautivo! resuena un ¡Viva! en Carrera donde Madre Carmen tenía su humilde morada. Y ese ¡Viva! reverbera en mil aleluyas en casa de la Patrona de los Remedios.

En calle Hilera, la Reina del Ancla y el Romero, la niña perchelera durante años levantada por el tañido de los martillos de mi padre, se pregunta anhelante ¿Pero... cuánto queda para el Jueves?

Porque por las Pedrizas bajan aires de majestad, que un verde río de fervores quiere desbordar el Guadalmedina para despertar a la Soledad más antequerana de la Plaza de Fray Alonso de Santo Tomás. La Marina Española despliega las velas de un imaginario bajel para que la Virgen, más de aquí siga su travesía allí. En su capilla, otra virgen antequerana Coronada vigila el puente de sus Dolores.

Velas blancas como capirotos navegan por calle Mármoles cuando el Señor de la Sangre surca en su trono un mar de corazones en la cuesta de Zapateros y la Trinidad Coronada no deja un resquicio para el respiro en calle Carril. Rojo palio para un nazareno, malva y dorado para la Dolorosa, y mientras su hijo Cautivo en el puente de la Aurora.

Allí donde el aire del milenario Torcal baja a la orilla del mar para apenas rozarlo y traeros, de vuelta, su sencillez de vecino trinitario. Cuando no se donde ir me agarro a su reja y el siempre hace lo que debe.

Tú, Cautivo pareces de verdad igual que mi nazareno de la Sangre diría Diego de Vega si te viera. Palio de Sangre, túnica blanca y cruz de verde vida, Trinidad del lunes santo.

Perdóname Padre pero solo tengo un sentido y en este momento no se decidir, quiero estar allí pero mi hombro esta aquí, en la calle de Diego Ponce donde la Virgen de Vera-Cruz ilumina su paso con el tililar de los cirios de su candelería que no hay mejor cera que la que arde por amor para morir llorando.

Los Estudiantes en el corazón de mi ciudad, en la calle del marqués de Larios, el Cautivo allí donde el mar tenía su puerta y aquí, hermanos de Antequera, en calle Lucena, Madre de Dios y Duranes.

Tiempo de volver a casa para campanilleros y hermanacos, maceros y acólitos, tarjeteros y mayordomos, nazarenos sin identidad y cofrades y todos aguardando, como oro en paño, el orgullo del estilo antequerano.

Las nubes de incienso purifica el paso en la Plaza del Obispo la celebración estudiantil es un canto a lo efímero de la juventud. Gaudeamus Igitur en gargantas jóvenes hambrientas de varal mientras la Trinidad se enseñoera de la Tribuna principal cuando en San Zoilo, nosotros volvemos a casa.

Apenas unas horas para vivir las emociones de tres hermandades uniendo tres plazas: la de San Francisco, la de la Constitución y la del Obispo. Dos ciudades y mismo sentimiento.

Un juego mental para no perdernos nada. Un difícil equilibrismo realizable desde hace apenas unos años gracias a la televisión y a la radio. Poder estar viendo la verdosa liviandad del Cristo verde en el dintel de esta iglesia mientras

el viento mueve la piel de ángel echa túnica en la tribuna de los pobres.

Los palios parecen pararse en un momento, la sangre se hiela, la emoción fulmina los corazones y el recogimiento nazareno se funde con el hombro dolorido ;Consummatum est;

En el mundo globalizado en el que nos ha tocado vivir la imagen y la palabra nos permiten cierto nivel de ubicuidad para poder disfrutar de momentos irrepetibles en sitios distantes. Siguen existiendo cosas que no tienen precios, que no son transferibles: el recogimiento de un nazareno en procesión, el esfuerzo del hermanaco, el tintineo de una campana mandando avanzar al cortejo, el dolor de nuestros nazarenos y crucificados y el desconsuelo de Vírgenes pero eso nos hace únicos y por lo tanto interesantes para los de fuera.

La globalización dinamiza nuestros pueblos pero no debe cambiar nuestras tradiciones. Lola González lo expresaba muy bien en la presentación de nuestro cartel. ¿Cómo expresar nuestro orgullo, cómo tender nuestras manos sin dejar de ser nosotros mismos? ¿Cómo abrir las puertas sin que se nos hielan las entrañas?

Ahora, en nuestros días, cada uno ve a Jesús con ojos distintos y el mío coincide con el Jorge Luis Borges en su poema “Cristo en la Cruz”

Cristo en la cruz. Los pies tocan la tierra.
Los tres maderos son de igual altura.
Cristo no está en el medio. Es el tercero.
La negra barba pende sobre el pecho.
El rostro no es el rostro de las láminas.
Es áspero y judío. No lo veo
y seguiré buscándolo hasta el día
último de mis pasos por la tierra.

El hombre quebrantado sufre y calla.
La corona de espinas lo lastima.
No lo alcanza la befa de la plebe
que ha visto su agonía tantas veces.
La suya o la de otro. Da lo mismo.
Cristo en la cruz.

Desordenadamente piensa en el reino
que tal vez lo espera,
piensa en una mujer que no fue suya.
No le está dado ver la teología,
la indescifrable Trinidad, los gnósticos,
las catedrales, la navaja de Occam,
la púrpura, la mitra, la liturgia,
la conversión de Guthrum por la espada,
la Inquisición, la sangre de los mártires,
las atroces Cruzadas, Juana de Arco,
el Vaticano que bendice ejércitos.
Sabe que no es un dios y que es un hombre
que muere con el día.

No le importa. Le importa el duro hierro de los clavos.
No es un romano. No es un griego. GIME.
Nos ha dejado espléndidas metáforas
y una doctrina del perdón que puede
anular el pasado. (Esa sentencia
la escribió un irlandés en una cárcel.)
El alma busca el fin, apresurada. I
Ha oscurecido un poco. Ya se ha muerto,
Anda una mosca por la carne quieta.
¿De qué puede servirme que aquel hombre
haya sufrido, si yo sufro ahora?

En los últimos días he pensado mucho en un
antequerano que nos une en su experiencia vital, el insigne
artista, Francisco Palma García. La devoción de mi padre por
su Piedad, recreada por su hijo Paco Palma Burgos me ha
acercado a su memoria.

Su figura cruzando desde la vega antequerana hacia la capital siendo todavía un niño que ya jugaba con figuritas de cera, le abrió el siglo pasado con el propósito de aprender de los maestros Pérez de Cid, Nogales y Álvarez Dumont.

Viajes a Madrid, Antequera y Málaga en la formación de un adolescente protegido por prohombres malagueños como Guerrero Strachan o Romero Robledo que le veían como el futuro de nuevas formas iconográficas

Un joven de aquí, artista imaginero, con aquella “tienda pública de imaginería” como llamó Ángel Quiroga al taller del Cobertizo del Conde donde Francisco Palma García crecía como artista en aquella Málaga de calles anegadas por las riadas, empobrecida por la Filoxera e impresionada por el incendio de la Aduana.

Un antequerano que le dio a Málaga el calor necesario para salir del infernal frío en el que se vio sumergida hace ahora más de 75 años.

Su valentía salvo lo único que nos queda en la capital de nuestro llorado Cristo de Mena. El dialogo que salvo vuestras imágenes, la sabiduría para conservar el tesoro devocional de vuestra Semana Santa, de vuestros templos, falto en la mente infame de muchos de mis paisanos y su arrojo no fue suficiente para que la historia en Málaga no se perdiera en fatuas pavesas.

Hoy en estas regias paredes llenas de respeto, quiero recordarle, dejando patente admiración por su persona en la cual centro mi admiración por los que mantuvieron intacto el tesoro de vuestra Semana santa.

Decía al principio que traía mis manos llenas y llenas me las voy a llevar. De vuestra juventud y vuestro cariño. De la comprensión de aquel al que queréis llamando Perry, y que gracias a este pregón yo espero haberme ganado el derecho de así llamarlo.

Llenas, mis manos llenas. Colmadas de Pollinita y Oración en el huerto, de Consolación de Esperanza Coronada, de Rescate y de Piedad, de Mayor Dolor en Miércoles santo, de Misericordia y Consuelo, de Columna y Caída, de Corona para una niña de Dolores y Niño perdido, de Dulce Nombre y Buena Muerte, de Paz Coronada y Cirineo de sus Pesares, de Socorro Coronada, de Soledad y Cristo Yacente. De Resurrección y de Vida.

Ante tamaño regalo solo puedo responder con la dádiva de una Novia victoriana para un calvario de promesas, con la Azucena de Consolación para vuestras tristezas, con una Virgen Carmelita y su hijo “Chiquito” en un arrabal de Misericordia, con el bandolero de las lágrimas de Zamarrilla en la calles de los “Mármoles”, con la mirada retrechera de Emperaora de los Percheles, con la Redención de sus Dolores en San Juan, con el vuelo de la Paloma en su trono y sus mayordomos dispuestos a dormirla en la Alameda, con la Caridad, con la Piedad, con las Angustias de un descendimiento y el monte Calvario incendiado de antorchas de devoción.

Ahora, y por siempre ahora, le diremos a las estrellas que no dejen de brillar, que si en el cielo son infinitas, aquí en la tierra la luz de cera no dejará de alumbrar.

Y para colmar la última de vuestras expectativas os dejaré la celestial sonrisa de la Reina de los Cielos que desde San Julián mirará la Vega y querrá ser una mas entre nosotros.

Muchas gracias